

Los movimientos sociales en América Latina y sus posibilidades contrahegemónicas

*Dr. Gilberto Valdés Gutiérrez
Grupo GALFISA, Instituto de Filosofía*

1

El actual escenario en América Latina tiene como novedad la quiebra relativa del hegemonismo norteamericano, marcada con el rechazo regional al ALCA, la lucha contra los TLCs y las políticas de los nuevos gobiernos populares integrantes del ALBA (Venezuela, Bolivia, Nicaragua). A ello se une el ascenso en Ecuador de Rafael Correa, las posiciones latinoamericanistas de diverso grado e incidencia geopolítica de los gobiernos integrantes del “giro a la izquierda” en el Cono Sur (Argentina, Brasil, Uruguay)¹, las movilizaciones post fraude electoral en México, la sublevación antidictatorial oaxaqueña y el proceso de La Otra Campaña, el avance del MST como paradigma de madurez política y social entre los movimientos sociales populares del hemisferio, el auge de las protestas colectivas en países que mantienen Acuerdos de Libre Comercio con Estados Unidos como Perú y Chile, la lucha del pueblo de Costa Rica contra el TLC, la candidatura de Fernando Lugo en Paraguay y todo el mapa de las resistencias de los excluidos, los campesinos, los indígenas, las mujeres y trabajadores en general en la región. Todo lo que parecía aplastado, acallado, luego de épocas de profundo malestar, de saqueo y humillación, se levanta desde el Sur.

Nuevos gobiernos populares emergen en nuestro continente modificando el escenario geopolítico a favor de los pueblos.

Frente a esta nueva realidad, cargada tanto de amenazas como de posibilidades y retos inéditos para el movimiento popular y revolucionario, la construcción social del enemigo se desplaza de los gobiernos (como era evidente en la llamada “década neoliberal” de los 90 del siglo XX, saturada de ejecutivos y “técnicos” al servicio del Consenso de Washington) a las clases y sectores políticos tradicionales, desalojados del poder y aliados más reaccionarios del imperialismo en la región.

2

Si se piensa en alternativas reales, de trascendencia desenajadora, a la civilización rectoreada por el capital, es imprescindible determinar las formas históricas de opresión que se entrelazan en la crisis civilizatoria de fines de siglo xx y principios del xxi. Nos parece oportuno, en esta dirección, asumir la categoría de Sistema de Dominación Múltiple (SDM). Su análisis debe realizarse teniendo en cuenta sus dimensiones económica, política, social, educativa, cultural y simbólica. El campo económico y social del capital completa su fortaleza con su conversión en capital simbólico. Mientras enfrentábamos su poder visible con las armas de la crítica reflexivo-racional, sus tentáculos estetizados contactaban con los subvalorados rincones del inconsciente social e individual de sus víctimas, logrando incorporarlas, en no pocas ocasiones, al consenso de sus victimarios.

Con esta categoría podremos integrar diversas demandas y prácticas emancipatorias que hoy aparecen contrapuestas o no articuladas, y evitar de esta forma viejos y nuevos reduccionismos ligados a la predeterminación abstracta de actores sociales a los que se les asignan *a priori* mesiánicas tareas liberadoras.

¹ Ver al respecto la valoración crítica de Atilo Borón en su ensayo “La experiencia de la “centroizquierda” en la Argentina de hoy”, *Casa de las Américas*, No. 246, Enero-Marzo 2007.

El contenido del SDM abarca las siguientes prácticas de:

- *Explotación económica y exclusión social* (Aparecen nuevas formas de explotación de las empresas transnacionales de producción mundial, a la vez que se acentúan las prácticas tradicionales de explotación económica y a esto se agrega la exclusión social que refuerza las primeras)
- *Opresión política en el marco de la democracia formal* (Política-espectáculo neoliberal: contaminación visual y “pornografía” política, irrelevancia decisoria del voto ciudadano, vaciamiento de la democracia representativa, corrupción generalizada y clientelismo político, secuestro del estado por las élites de poder).
- *Discriminación sociocultural* (étnica, racial, de género, de edades, de opciones sexuales, por diferencias regionales, entre otras).
- *Enajenación mediático-cultural* (Alta concentración de los medios como forma de dominio del capital sobre la sociedad, su conversión en espacios de toma de decisiones políticas y de contrainsurgencia frente las alternativas y las resistencias populares que pongan en peligro su hegemonía, su papel como puerta “estetizada” del mercado capitalista, antesala visual de la plusvalía, paralización del pensamiento crítico a través de la velocidad de la imagen fragmentada y del simulacro virtual, hiperrealista de las televisoras, lo que el Subcomandante Marcos llama, con razón, “el Canal Único del neoliberalismo”).
- Depredación ecológica (en el sentido de que la especie humana, colocada como “responsable” y no como “dueña” de la tierra, ha contraído una deuda ecológica, al no haber podido impedir la proliferación de modelos utilitarios de intervención en la naturaleza, que han destruido los ecosistemas).

El despliegue de esta categoría nos facilita el análisis integral de las prácticas de dominación, y por ende, permite debatir los problemas de la emancipación en clave más compleja. De ahí la necesidad de abordar la crítica a las prácticas de dominio y sujeción acendradas en la sociedad contemporánea vinculadas al examen de los problemas actuales de la articulación de las demandas libertarias y emancipatorias en el movimiento social y popular de América Latina y el Caribe. Resulta necesario contextualizar, a la luz del imperialismo transnacional y de los aportes de la teoría social contemporánea, aquellos conceptos teórico-críticos surgidos de Marx: explotación económica, exclusión social, opresión política, alienación individual y colectiva, con el propósito de sistematizar las múltiples perspectivas de lucha y demandas emancipatorias que se dan a diario y simultáneamente en los lugares más diversos del planeta, y determinar las bases de una voluntad proyectiva mundial que otorgue condiciones de posibilidad a la superación de la dominación capitalista.

3

La diversidad ha estado siempre, sobre todo en una región tan marcada por el mestizaje cultural e histórico como la nuestra. Pero hoy la diversidad es mucho más que fragmentos identitarios preteridos o subyugados por las sucesivas vueltas de tuerca de la homogeneización modernizadora: ha adquirido beligerancia política y visibilidad epistemológica.

El desempeño del Eje Diversidad, Identidad y Articulación en las organizaciones populares, redes y movimientos sociales de Latinoamérica es clave para determinar las potencialidades contrahegemónicas de sus iniciativas y campañas a nivel hemisférico.

En sus prácticas y visiones estratégicas se observa un equilibrio tenso y dinámico entre diferencia y equidad, entre identidad y solidaridad, entre autonomía y cooperación, entre reconocimiento y redistribución. El objetivo es hallar la identidad común de ambas direcciones contrahegemónicas (equidad y reconocimiento). No se trata de una identidad abstracta, muda, que escamotee las diferencias dentro de proyectos compartidos. Tampoco de una identidad que pretenda universalizar el significado particular de uno u otro movimiento, por muy legítimo que sea. Los movimientos sociales afirman nuevos significados políticos en la lucha contra la actual civilización excluyente, patriarcal, discriminatoria y depredadora del capital.

En América Latina existe una tensión entre la *lógica de la lucha política* (antineoliberal, antiimperialista, antisistema) (*la nueva emancipación política*) y la *emergencia civilizatoria* derivada de las prácticas y visiones utópico-liberadoras de los movimientos sociales (sus desafíos y propuestas frente a la civilización del capital) (*la contextualización contemporánea de lo que Marx llama emancipación humana*). Esta tensión se ha hecho tradicionalmente explícita desde una visión instrumentalista de la política y de la lucha por el poder como *демиurgo* de lo social. Más desde una visión más amplia de lo político, ella reaparece como algo imposible de obviar. La actitud más productiva para intentar superar dicha tensión no radica, salvo que nos contentemos con un consenso “fácil” e igualmente estéril, en desplazar los puntos conflictivos que suponen ambas lógicas.

Ninguna de estas lógicas debe ser supeditada una a la otra, sino armonizadas y complementadas, lo que implica asumir sus puntos de tensión como desafíos creativos de aprendizaje de los sujetos involucrados. En otras palabras: si en aras de la presunta toma del poder se abandonan las demandas libertarias y de reconocimiento por las que han luchado muchos movimientos, el nuevo poder contrahegemónico pudiera derivar en una entidad ficticia o desnaturalizada. De igual forma, negarse a participar en el movimiento radical de masas que se constituya en una nación determinada ante la crisis del modelo hegemónico, colocando las demandas específicas (por muy legítimas que sean) por encima de las de la inmensa mayoría de la población, implica signar la noción de “diferencia” con un alto rango de universalidad excluyente.

Habría que reconocer, en principio, que la confluencia de los movimientos sociales y populares para generar alternativas social-políticas en una dirección anticapitalista no implica hacer dejación de sus demandas específicas (libertarias y de reconocimientos) ni posponerlas para etapas posteriores, aunque se modifiquen sus objetivos y métodos en cada coyuntura. La lógica geopolítica antiimperialista que avanza hoy en América Latina no es incompatible con la lógica de los movimientos sociales. Las razones de los movimientos son tantas como los atributos del mundo que es posible conquistar: dignidad para personas y pueblos, equidad, igualdad de género, medio ambiente, diversidad sexual, multiculturalismo, soberanía alimentaria, biodiversidad. El “programa máximo” emancipatorio y libertario de la revolución política anticapitalista (pospuesto en las experiencias protosocialistas del siglo XX) se convierte en “programa mínimo” de las luchas de los movimientos sociales y populares.

4

La actitud de los movimientos sociales ante la nueva etapa posneoliberal en América Latina resulta hoy un tema de primer orden. “La dificultad con los movimientos sociales es que—refiere Emir Sader--, no logran construir opciones políticas (...) la autonomía es fundamental para defender los intereses del pueblo, de la masa, pero no es absoluta. La política tiene un momento institucional y si se le rehúye, si se insiste en preservar su autonomía como una categoría absoluta, si se oponen autonomía y hegemonía, los movimientos se relegan y pueden adquirir rasgos corporativos”². El tránsito de lo social a lo político conlleva numerosos retos y peligros que deben ser afrontados, a riesgo de hacer retroceder la actual ola antiimperialista en la región.

En consecuencia, ¿reconocemos la necesidad de (auto)constitución de movimientos políticos alternativos? Si admitimos esta necesidad, ¿nacerá este de la articulación de y desde los movimientos sociales y otras fuerzas? ¿Cuáles son los sentidos éticos y políticos que deberían encarnar en estos procesos de articulación? ¿Cómo tomar en cuenta la reclamada autonomía de lo social y los movimientos que lo expresan? Y en el caso en el que estas problemáticas puedan ser respondidas positivamente, en el que un movimiento social rico y diverso se de a sí mismo una expresión política, y llegue hipotéticamente al gobierno, ¿cómo vivir entonces la autonomía en esas nuevas condiciones, hasta qué punto convertirla en un coto cerrado? ¿Cómo construir esa

² Emir Sader: “El posneoliberalismo será anticapitalista, no socialista”, *La Jornada*, viernes 12 de octubre de 2007, p. 7.

nueva política realmente emancipatoria, en la que los fines no son indiferentes a los medios, en la que la postura ética personal y el compromiso con las mayorías son intransferibles?

¿Se enajenan el movimiento político y el movimiento social?

O en el caso de quienes tienen una reconocida trayectoria y liderazgo en organizaciones y movimientos sociales y a la vez poseen una militancia partidaria, ¿cómo viven como individuos (sujetos) esa aparente contradicción?

Tendremos que enfrentar estas y otras interrogantes e intentar hallar pistas y caminos que nos orienten en la constitución de un (nuevo) bloque histórico y una (nueva) hegemonía emancipatoria.

5

El socialismo en América Latina será resultado mancomunado de alternativas políticas (y sus estrategias de orden, de nueva estatalidad) y prácticas populares de socialidad emergentes, de experiencias autogestivas y solidarias. No vendrá de ningún libro iluminado sobre “el socialismo *del ni en el siglo XXI*”. Vendrá, en primer lugar, de los movimientos radicales de masas (y de la intelectualidad orgánica a ellos) en pro de alternativas social políticas que recuperen la soberanía y la dignidad de los pueblos y enfrenten con decisión e inteligencia estratégicas a los instrumentos de dominación (de recolonización) del imperio (OMC, ALCA, TLC, militarización y deuda externa). Estas alternativas surgen hoy de manera multivariada en nuestra región, algunas podrán ser mediatizadas y encapsuladas por un tiempo. Sin embargo, si no se conforman gobiernos con voluntad política que expresen esas alternativas populares de resistencia y lucha, las transnacionales (y las políticas de sus centros imperialistas) seguirán su saqueo y depredarán nuestros recursos naturales y biodiversidad y nos lo seguirán devolviendo como mercadería y patrones macdonalizados de consumo mediático, generador de tensiones insostenibles para una enorme masa de trabajadores precarizados y excluidos.

Para que se ponga fin a esa cadena de explotación, un requisito es lograr la más amplia articulación política de los movimientos sociales y populares y su accionar oportuno, de conjunto, desde el centro de gravedad política de cada país y región.

En esas batallas en nuestra región, que siguen siendo más que nunca una *creación heroica*, participan todos los sectores interesados en subvertir y remontar la siniestra lógica del neoliberalismo. Para ello contamos con numerosos movimientos sociales y populares que colocan las demandas reivindicativas (económicas, sociales, culturales) en una perspectiva cada vez más política, como se expresa en las nuevas agrupaciones sindicales que aglutinan a trabajadores ocupados, desocupados y jubilados, todos en mayor o menor medida víctimas de la precarización o, como el Movimiento Sin Tierra (MST), que incluye no solo las demandas de los trabajadores sin tierra, sino de todas las clases populares del Brasil. Pero también ocupan un lugar protagónico los movimientos indígenas, de mujeres, ambientalistas y otros que, a partir de sus reclamos de reconocimiento y equidad, autonomías y defensa de la biodiversidad desafían la lógica global del sistema que los discrimina y excluye por igual.

Con ellos, desde ellos, habrá que seguir profundizando los procesos, enfrentando la reacción imperialista y sus servidores locales, catalizadores de la radicalización de los pueblos.

El socialismo por inventar en nuestra América tendrá, inevitablemente, fases transicionales (no etapas mecánicas). La lucha contra el neoliberalismo deviene, si es consecuente, lucha antiimperialista y anticapitalista que, de hecho, incorpora propietarios pequeños y medios asfixiados por el capital transnacional, y puede asumir modelos diversos de economía mixta.

No pasemos por alto que construir una sociedad de igualdad, justicia y bienestar sería una ardua y prolongada tarea histórica, que requeriría eliminar progresivamente las normas de la competencia, la explotación y el beneficio. No es una meta a realizar en poco tiempo. Esa contradicción frente la mercantilización de la vida y el orden económico del beneficio capitalista puede

ser sostenida solo si emana de una revolución popular, que construya su propia noción de democracia política, social y económica.

Sería especulativo definir *a priori* cuáles serán los grados de posibilidad de avance hacia el socialismo de las alternativas democrático-populares que aparecerán, desaparecerán tal vez y reaparecerán en Latinoamérica, ni medir sus resultados a la luz de lo que hemos concebido tradicionalmente como mecanismos de acción de la leyes de la sociedad socialista. Existe, sin embargo, una enseñanza histórica imposible de soslayar: el reto del socialismo es ir más allá de la lógica del capital, superar lo que llamamos sistema de dominación múltiple del capital. Ese sistema de dominación múltiple es enfrentado por una gran diversidad de prácticas constestatorias de actores y movimientos, que expresan no solo protestas colectivas sino propuestas de nueva socialidad. No podremos volver otra vez a decir: con ustedes vamos *hasta aquí*, después tendrán que hacer dejación de sus demandas y visiones alternativas. Se trata de una cuestión de la mayor importancia teórica y práctica.

Lo anterior significa que el ideal de justicia distributiva y de equidad social, irrenunciable para cualquier proyecto de socialismo, de avance hacia la emancipación humana, tendrá que acompañarse de nuevos desafíos relacionados con el cuestionamiento del patriarcado en todas sus formas (económicas, políticas y simbólico-culturales), del modelo productivista y depredador de desarrollo, no solo vigente a nivel mundial, sino deificado como aspiración y única alternativa de progreso humano, metamorfoseado con el apellido “sostenible” para el Sur, o de expresas alusiones a la reducción de la pobreza, siempre que estas escondan el proceso real de empobrecimiento que la produce. No se trata de renunciar al bienestar, sino de comprender que el mito del bienestar centrado en el consumo desenfrenado del industrialismo moderno y sus variantes actuales, es causa del camino acelerado hacia un punto de no regreso para la posibilidad de la propia vida. En nombre de ese bienestar en los países centrales, se lanzan y lanzarán guerras genocidas por las reservas de hidrocarburo y los recursos hídricos del planeta.

El conflicto aparente entre la lucha antihegemónica antimperialista y las emancipaciones superadoras de la civilización del capital, será resuelto por los propios sujetos populares involucrados en dichos procesos, en la medida en que se superen positivamente las contradicciones del llamado orden posneoliberal y se logre avanzar hacia el socialismo como sociedad emancipada, desenajenada, autogestionaria. El socialismo en el siglo XXI, no puede reproducirse en los marcos de la actual civilización excluyente, patriarcal, discriminatoria y depredadora que heredamos de la modernidad y que la globalización imperialista potencia a límites insospechados.

De las alternativas políticas antineoliberales y de los pequeños, continuos y diversos saltos que demos hoy en nuestras luchas cotidianas y visiones de sociedad, emergerá el salto cultural-civilizatorio que nos coloque en esa deseada perspectiva histórica que rescatará y dignificará al socialismo en este siglo, como real emancipación humana.

No hay fórmulas a priori ni cómodos determinismos para transitar esos derroteros. Hoy, como nunca antes, la izquierda requiere elaborar nuevas visiones estratégicas, puesto que “es necesario pensar en una empresa muchísimo más difícil: la labor histórica de superar la lógica objetiva del capital en sí, mediante un intento sostenido de ir más allá del capital mismo³” Pero esas alternativas sociopolíticas, no serán obra de gabinetes, ni fruto de ninguna arrogancia teórica o política. La emancipación política y la emancipación humana serán cada vez más procesos concomitantes, construidos como proyectos colectivos y compartidos, desde y para el movimiento social-popular.

³ István Mészáros, *La teoría económica y la política: más allá del capital*”, www.rebelión.org, 26 de diciembre de 2002.